

SAN SEBASTIÁN

PASEO DE LA CONCHA

Ahí están las casetas sobre la *candente arena*, cuyos piés besan de nuevo y frecuentemente las

«últimas ya mansas
olas del mar.»

Han pasado el invierno en letargo no interrumpido; acultas y desar-madas, hasta que hoy, surgen risueñas y pintadas, dispuestas á recibir en *sus senos* á los bañistas.

Días atrás (léase años) cuando el paseo de la Concha no era más que una falda que se inclinaba desde el barrio de San Martín alto, y formada en parte de montones de arena; en aquel tiempo en que al paseante no le *molestaba* el olor de los condimentos del pobre bañero la playa tenía más encanto, más carácter y presentaba más detalles artísticos por la razón sencilla de que el lugar estaba en su estado primitivo.

Pero tal estado de cosas tocaba á su fin, y vino el año 58 y con él el hombre con su destructora piqueta, y dando golpe aquí y allá, niveló cuestras, deshizo montones, y trazó el paseo que más tarde había de llamarse «de la Concha».

Se arregló la *orilla general* de esa media circunferencia, triunfó el amaneramiento, las manos creyéndose con derecho á tocar y á trocar

todo, casi siempre consiguen poner mal lo que en primer estado se hallaba bien.

Por algo se dijo aquello de:

¡Quién puso aquí sus manos!

Los que conocieron la Concha sin paseo, sin tapia, sin villas y sin más *mise en scene* que sus bellezas naturales; los que desde el mismo baño contemplaron Sebastopol y Tanger y Balda y Postas y San Bartolomé y Aldapetay Beloca; los de aquella época que no conocieron casetas ni *Perla*, atestiguan y juran solemnemente que la Concha, mejor dicho el «frente de San Martín», aun con más propiedad, «San Martingo atari malda» superaba al estado actual en que se halla, y, cambiarían sin titubeos las casas que hoy se levantan de tal ó cual marqués, de tal ó cual duque, de Romero Robledo y demás grandes y pequeños de España, por aquellas cuestas y montones de arena, en donde se deslizaron felizmente las tardes del estío de hace cuarenta y cinco ó más años....!!

Si no nos equivocamos, la primera casa que se levantó en Mira Concha, es la del insigne historiador D. José de Arteche.

Entonces la casa, solita, hacía muy bien, es más, era una nota simpática todo poesía.

Hoy, desde un extremo al otro, se ha construido *una barbaridad*, se ha exagerado la nota, y todo ese montón de casas parece un verdadero muestrario de materiales diversos.

Pero vamos á las casetas.

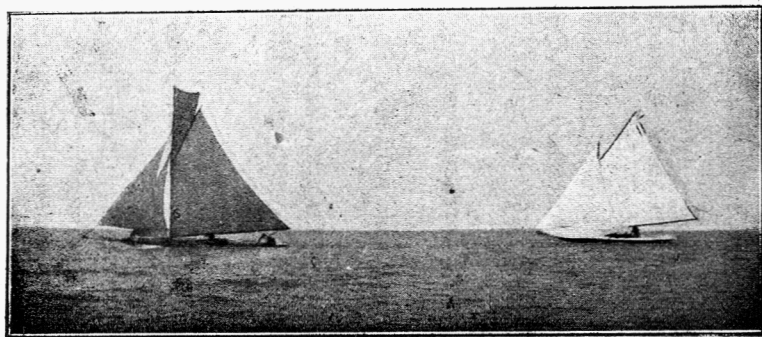
¿Cuál es su origen? Llamemos al distinguido donostiarra D. Siro Alcain.

«Por los años 44—habla el cronista *errikoseme*—en unión de mi amigo Gabriel M. Laffitte, ideamos hacer una caseta de baño y se procedió d su construcción; componíase de una plataforma cuadrilonga con pequeñas ruedas, armazón de listones y cerrada de lienzo blanco; no tenía ventanas, entraba luz zenital, suprimiéndose la cubierta por innecesaria; tampoco había puerta, bastaba la abertura de la tela para que hiciera veces de entrada.»

Esta fué, pues, la primera caseta de baños de nuestra incomparable playa.

Reyes, príncipes, grandes, eminencias, obispos, generales, artistas, toreros, y más y más, han sido *acariciados suavemente* por las rizadas olas de la Concha.

NOTA DEL CANTÁBRICO



VISTA DESDE LA CONCHA

La época mejor de la playa que recuerdan y celebran siempre los naturales de San Sebastián, es la del verano aquelque se bañó el caballero D. Amadeo I.

Entraba en el mar acompañado de los bañeros de la localidad, Manuelcho López y Perico Cartagena, alejándose bastante de la orilla, pues el rey nadaba fuerte y seguro.



Antiguamente á chicos y á mayores les parecía cosa afeminada bañarse en la Concha, ni para el objeto usaban la palabra *bañar*, sino *nadar* (igari).

El lugar predilecto para los varones donostiarras era el muelle, y de éste, la parte denominada «Kai-arriba».

A los seis ó siete años todo el mundo sabía nadar.

A la segunda ó tercera vez de haber entrado en el agua ya se hacía uno práctico y maestro, y claro, aquello entonces les parecía muy pequeño.

Después se tomaba un bote y *andando* al centro de la bahía y á la isla, únicos sitios en donde se bañaba á *sus anchas*.

Hoy, efectos del tiempo, ha desaparecido esa «rudeza de sentir local. y ya chicos y grandes se bañan en la playa, en casetas, mezclados con los *madrileños*, y á lavista de los elegantes chalets, que en correcta formación se extienden en el precioso paseo de la Concha.

En fin, los donostiarras hemos aceptado la evolución; á modernistas nadie nos gana, pero sin echar al olvido nuestro recuerdo.... el inolvidable *Kai-arriba*.

F. LÓPEZ-ALÉN.

